

# LOS PRIMEROS LIBROS DEL MUNDO

Por JULIO ANGULO

**N**o necesitó inventarse la imprenta —con su trascendental importancia— para que se escribiesen libros, con mucha anterioridad también a los que conocemos como incunables. Los antiguos egipcios, asirios y babilonios escribían sus libros, tan diferentes, eso sí, a los nuestros de hoy, que cuesta trabajo llamarlos libros. En la actualidad, los libros son, poco más o menos, iguales en todos los países; pero en los primeros tiempos de la Historia las cosas sucedían de muy distinta manera. Los escribas egipcios empleaban para hacer sus volúmenes rollos de papiros; los asirios, tabletas de barro cocido; los indios, hojas de palmera. Decir cuál de estas formas es la más antigua resultaría imposible.

Los primeros libros que se conocen son los de Babilonia,

hechos en arcilla ; pero el que más divulgación tuvo en aquellos tiempos el papiro egipcio, por haberse empleado en el país del Nilo desde los comienzos de su período histórico. Era una especie de papel hecho con la planta del mismo nombre por medio de la presión mecánica y de un encolado especial. Se le daba la forma de tiras de cuarenta centímetros de anchura y de una longitud variable, y se escribían sobre ellas varias columnas separadas por espacios verticales en blanco ; de modo que lo que allí resultaba podía compararse con las páginas de un libro moderno, puestas una junto a otra.

Con esta disposición de las hojas se comprende que la manera más práctica de leer estas tiras era desenrollándolas por un lado y volviéndolas a enrollar a medida que se iban leyendo las columnas. Las tiras de papiro que formaban una obra se guardaban dobladas dentro de una caja.

Esta forma de libro era indudablemente la más cómoda y la más práctica ; por eso fué adoptada por los griegos, los romanos y los hebreos, con la diferencia de que estos pueblos empleaban el pergamino en lugar del papiro. Los asirios y babilonios también hicieron uso de ella, pues en sus monumentos aparecen pintados los escribas redactando sus pensamientos en rollos de un material flexible ; pero las condiciones climatológicas de Mesopotamia, muy diferentes a las de Egipto, hicieron que no hayan llegado a nosotros documentos de este género.

Mucho más vulgarizado que el papiro, estaba en Asiria y Babilonia el de las tabletas de barro cocido, de las que se han descubierto muchos millares en las ruinas de Nínive y Nippar. La colección más importante es la que encontró Henry-Layard, al hacer excavaciones en el palacio del rey Assurbanipal. Allí había una verdadera biblioteca, con infi-

nidad de obras históricas y religiosas, incluyendo las narraciones de la creación y del diluvio, y algunas facturas y contratos.

Aquellas tabletas parecían ladrillos de un centímetro de anchura por centímetro y medio de longitud. Un determinado número de ellas formaba un libro; pero no había medio de tenerlas reunidas, y lo que se hacía era apilarlas en los estantes; para ayudar al lector, al pie de cada tableta iban las primeras letras de la siguiente, como se hacía en las primeras páginas de nuestros libros hasta hace menos de un siglo. La escritura se hacía por medio de un punzón curvo y afilado, mientras el barro estaba fresco todavía; luego se llevaban las tabletas a un horno, o se dejaban simplemente al sol hasta que se secaban.

Asirios y babilonios tenían otro género de libros de arcilla, pero no en forma de tabletas, sino de prismas y cilindros de medio metro. El material de que estaban hechos motivaba el que fuesen muy pesados; sin embargo, se leían cómodamente, porque estaban perforados en el centro de arriba a abajo, y giraban alrededor de un eje, como si fuesen facitotol o libro de una pieza. A veces el eje era horizontal y el libro daba vueltas a manera de un bombo de la lotería.

Si proseguimos nuestra marcha hacia Oriente, en la India encontramos una forma de libro, usada para las obras sagradas de los budistas. Consiste en trozos de hoja de palmera, todos del mismo tamaño, y con unos agujeros en los extremos por los cuales pasan dos cordones, de modo que un libro de éstos ofrece cierto parecido con las persianas de los balcones de principios de siglo. Más tarde, los indios han usado con el mismo fin madera y oro, y en el Tíbet se ven todavía libros hechos con esta especie de papel.



El último tipo de libro primitivo es el que empleaban los aztecas en Méjico, y que aún usan los salvajes del interior de Sumatra. Es, como el papiro egipcio, una larga tira, que en lugar de tenerla enrollada se dobla muchas veces, a la manera de los álbumes de vistas. Emplean para fabricarlo tiras muy finas de corteza de árbol y encuadernan el libro en tapas de madera que se cierran por medio de una cinta de piel de serpiente.

Los asirios, los babilonios y los etíopes escribían como nosotros, de izquierda a derecha, mientras los árabes y los persas lo hacían en sentido contrario. Para que el lector supiera en qué sentido tenía que seguir la lectura, el escriba ponía las figuras de los hombres y de los animales mirando en la dirección que había de leerse.

Cuatro mil quinientos años cumple el libro ahora; cuarenta y cinco siglos que lleva el hombre preocupado con la lectura y perfeccionando cada día el arte del libro hasta llegar a las maravillosas ediciones de nuestros días, en que el lujo ha entrado en la ornamentación de los textos.

